

El que todavía da las gracias

Los irlandeses

JAIRO BUITRAGO

SANTIAGO GUEVARA (ilustraciones)
Babel Libros, Bogotá, 2017, 108 pp., il.

“HAN CAMINADO a mi lado dos niños, un corneta y un mensajero, presumiblemente de la misma edad que mi hijo, pero ya no parecen serlo, son fantasmas errantes y salvajes”. Esta frase, tomada del diario del teniente Aubrey T. H. Ferguson, con fecha del 17 de julio de 1819, introduce a *Los irlandeses*, obra escrita por Jairo Buitrago y fantásticamente ilustrada por Santiago Guevara, que en 2017 fue ganadora de la beca para la publicación de libro infantil o juvenil del Ministerio de Cultura de Colombia.

La historia transcurre principalmente en el páramo de Pisba en el año de 1819, y relata el encuentro de Lucas —un chico de no más de doce años que ha quedado rezagado del ejército independentista— con algunos de los sobrevivientes de la legendaria Legión, el ejército de irlandeses e ingleses que viajó a defender la libertad de América. Es una obra que, aunque con una apariencia sencilla, tiene varias capas de significación que van más allá del relato histórico y en últimas nos lleva a cuestionarnos el papel y el lugar que ocuparon, y siguen ocupando, los niños en la guerra.

En un primer acercamiento, lo más llamativo del libro es su dirección de arte y sus ilustraciones. Enmarcado en la colección Frontera Ilustrada, de la editorial colombiana Babel Libros, le da un giro a lo que tradicionalmente se ha conocido como libro ilustrado y libro álbum. No es un libro en el que las imágenes decoran los textos, no es una novela gráfica, no es un libro en el que las imágenes y los textos establezcan un diálogo de complementariedad o contradicción. No. En esta colección literaria —caracterizada, además, por contar con el trabajo de talentosos ilustradores— las imágenes inician la obra y, a lo largo de varias páginas, crean la primera atmósfera que recibe al lector y con la que se le da la bienvenida. No hay textos, solo dobles páginas con grandiosas ilustraciones en blanco y

negro (en toda la colección, las imágenes siempre son en blanco y negro).

En *Los irlandeses*, la línea fuerte y a la vez fluida del carboncillo muestra paisajes, personas, el desplazamiento de la guerra, y relata por sí misma y con gran expresividad diversos cuadros de la historia de la Independencia de la Nueva Granada, vividos por el protagonista. La figura, de espaldas, de un anciano y un niño que observan desde una loma la llegada del ejército independentista al hato, en los Llanos Orientales. El anciano solo en su choza, luego el ejército descalzo, los lanceros, su ropa ligera, sus sombreros, los niños pequeños que se incorporan a la lucha, y en la expresión de los rostros se adivina la angustia pero también la valentía. Muchos se enlistan por la libertad. Y con ellos van las mujeres, sus familias: niños pequeños y bebés que son la cola que arrastran los ejércitos. Luego empieza el ascenso a las montañas, el punto álgido de la narración. Neblina, frío, agotamiento, muerte. El muchacho y su caballo rezagados, en la mitad de la nada. El encuentro con los irlandeses. Hasta ahí el silencio de palabras del dibujo.

A continuación, los textos que narran la historia, que reiteran algunos de los pasajes ya ilustrados por Guevara. “En el tiempo de la guerra todos morirían en aquel páramo y las aves comían de los caballos” (p. 31). Las carroñeras esperan a que se descongelen los cadáveres, mientras tanto se comen sus ojos; el hambre que acecha, como la muerte y la soledad. El miedo y las ganas de llorar, pero Lucas no puede. Nunca puede. Y se resiste a morir, pero el páramo se quiere llevar sus esperanzas.

A lo largo de esta obra, vemos cómo el chico se despidе de su infancia y se convierte en el “fantasma errante y salvaje” que menciona Ferguson en su diario. Más un salvaje que un fantasma. Son varias las pistas que nos da el escritor para entender la transformación de Lucas, quien a lo largo del relato se gana el afecto de los lectores por su nobleza, su lealtad e incluso por su inocencia (nunca mata a nadie, más bien salva). Lucas no solo es un chico con suerte que logra escapar de la muerte en más de una ocasión, sino que despierta simpatía entre quienes lo rodean. Quizá sea porque su encuentro con cualquier animal, cosa o persona

está lleno de respeto: con el zorrillo, al inicio; con la laguna de los cadáveres; con los irlandeses; con Donn, el caballo que rescatan de la muerte; con los ahorcados; con la pastorcita. Lucas todavía da las gracias (“como antes de los tiempos de la guerra”), y en eso se parece al teniente Ferguson: que aun en medio de la guerra sabe pedir disculpas, es libertario, creyente, respetuoso.

En pocos días, Ferguson y Lucas establecen una amistad. Lucas le recuerda a su hijo. Quizá por eso lo protege, pero a la vez lo trata como a un camarada. Cuando le preguntan cuántos soldados tiene, Ferguson lo cuenta como uno más. Aun así, en el momento de la gran batalla lo invita a que vaya con los jinetes, y aunque a Lucas le han entregado una bayoneta, el teniente reconoce que el chico no sabe cómo usarla. “Usa el caballo para vivir”, le dice antes de la despedida final.

Uno de los momentos más conmovedores del libro es el amanecer en que Ferguson y Lucas se encuentran: “Mi señor teniente, cuando la guerra se acabe le voy a pedir al coronel Urdaneta que me regale dos caballos. Uno será para usted. Yo lo voy a llevar al hato de La Trinidad, allá se curará de las fiebres, dormirá en un chinchorro, verá las luciérnagas en la noche” (pp. 90-91), dice Lucas, como ofreciéndole el mejor tesoro que pudiera dársele a alguien. Ferguson le responde: “[...] y cuando toda esta campaña termine, Dios lo quiera, debo volver a embarcarme para ir a mi isla, y te llevaré conmigo. Cruzaremos el mar, conocerás a mi familia, te mostraré una tumba de piedra y te daré un caballo” (p. 91). Cada uno le ofrece al otro lo mejor que puede soñar para sí, algo que no es una victoria ni riquezas; es la paz, la familia, el terruño, la salud, los ancestros... y un caballo.

Cuando termine la guerra, cuando acabe la campaña. Nunca, quizá, porque antes hay que atravesar páramos helados, granizadas inclementes y pantanos, lanzas, balas y cañones; y el sueño de volver a casa se aplaza y la vida se vuelve la campaña tras la campaña. Veremos, después, a un Lucas adulto que sigue las huellas de la Legión, de esos irlandeses olvidados por la historia, que transformaron la

HISTORIA		RESEÑAS
<p>batalla, inspiraron a muchos y fueron camaradas, mercenarios y libertarios.</p> <p>Tras el cierre de la historia escrita y de un epílogo contundente, viene otro aparte con algunas imágenes que dan la estocada final al relato. Seguimos la pista de Lucas, que en cada ilustración crece un poco más hasta convertirse en hombre. Siempre tras las huellas de Ferguson. Y el libro, que en la guarda de inicio empieza con la inmensidad del pastizal, concluye con la inmensidad del mar. Como una transición de la vida a la muerte.</p> <p>Poderosa narración, y muy acorde con el momento presente que atraviesa el país. No solo por la conmemoración del Bicentenario de la Independencia de Colombia, sino por la eterna pertinencia de la reflexión alrededor de los niños en la guerra, de la guerra misma, del desplazamiento y la barbarie. Lucas pregunta “¿por qué?”, tras encontrar a unos ahorcados, entre ellos un niño como él. “No sabía por qué hacía la pregunta ni a quién. La hizo al aire, a la nada”, y hoy, doscientos años después, siguen reclutando y asesinando niños y nos seguimos preguntando el porqué.</p> <p>Esta obra, sin ninguna duda, merece un lugar destacado en la producción literaria colombiana de los últimos años. La suma de varios elementos hace de <i>Los irlandeses</i> una obra memorable: su edición, la narración a través de las ilustraciones y los textos, el diseño, la documentación, la escritura y muy particularmente el abordaje de un tema trillado que en este punto parecía no tener muchas más posibilidades, pero que con la propuesta de Buitrago nos muestra que no es así, que aún hay cosas en que pensar, héroes sin nombrar, y asuntos que resolver como nación.</p> <p>No quiero concluir esta reseña sin hacer mención a lo que podría ser un homenaje de Jairo Buitrago a la obra clásica de la literatura infantil <i>Cuentos tricolores</i> (1967), de Oswaldo Díaz Díaz, o a “El corneta llanero”, de Eduardo Caballero Calderón (1989). Lucas es muy cercano a Jacinto, el joven protagonista del cuento “Rataplán” de Díaz Díaz, y también tiene algo de José Dolores, el corneta de Caballero, mientras que la pastorcita que ayuda al chico y a los irlandeses bien podría ser el personaje de “Matilde Anaray, la pastorcita de Socha”, otro cuento escrito por Díaz. Homenaje o no, <i>Los</i></p>	<p><i>irlandeses</i> es una de esas creaciones literarias que dan ganas de compartir, mostrar, regalar. Pero que también dan dolor de patria. Especialmente al saber que la historia parece repetirse.</p> <p style="text-align: right;">Zully Pardo</p>	